

CUENTO

Por miles y miles de años

Consuelo Nocetti

Me duele algo, no podría decir exactamente en dónde o qué pero me duele algo. . .
Miro a través de los cristales de esta ventana que da al jardín de la casa y a la que yo misma fabriqué estas hermosas cortinas blancas de gasa con encaje.

Tejo, siempre tejo. Coso, cocino, vigilo, atiendo, a veces leo, comprendo y asumo ese papel que me tocó jugar desde hace miles y miles de años. ¿Dónde estás? Espero. . .

Quizá pensé decirte hace muchos años que te quería. ¡Bah! Que me gustabas, pero no pude, no debía. . . no me dejaron decírtelo esos miles y miles de años cosiendo, tejiendo, cocinando, preñándome, esperando. . . Tuviste que ser tú el que lo dijera. ¡Qué alegría! Te confieso que alguna vez tuve miedo de que no lo hicieras.

¡Qué largo el césped! Las rosas no han florecido este año como los anteriores. ¿Tendré que poner más abono al jardín?

Tejo, coso, pienso también. . . ¡Ah! que descanso cuando digo la palabra "pienso" y pienso. ¿Podría hacer este difícil ejercicio que parecía destinado a los hombres hace miles de años? No lo sé, quizá mi memoria me traiciona. ¿Dónde estarás ahora? ¿Tendré que poner en juego mis no pocos recursos aprendidos y ejercitados en todos estos siglos para retenerte? Veamos. . . Inventar quizá que soy interesante o que tú me necesitas mucho. . . o tal vez ponerme seductora y quitarme el vestido laborioso y ponerme la piel de la lujuria y entreabrir la boca como incitando al beso que abriría la puerta de entrada al paraíso.

Si todo esto no fuese suficiente, pudiera intentar llorar o fingir demencia, o llegar a la ecuanimidad total en tu abandono y guardar con dignidad y resignación mi sufrimiento para joderte más, para que sientas la conciencia acribillada por mil culpas. . . Hilo, hilvano, coso. . . Me pregunto ¿cuándo?

El sol deja caer sus brazos y me acaricia. No me muevo. Me gusta estar así acomodada en esta banqueta de mi ventana y mirar el jardín y dejar que el sol juegue un poco creyendo que me tiene.

¿Por qué nos separaron? Imagino el pasado e invento que recuerdo cuando tú y yo éramos uno, como un dios, y nos amábamos. Nunca hubo amor más perfecto. Porque al amarme a mí, a ti te amaba y cuando tú

te amabas, a mí amabas sin límites ni tiempo, sin temor del "qué será mañana". ¿Por qué nos separaron? ¿Por qué. . .?

Tejo un saquito rosa y miro un chupamirto. Es admirable cómo se detiene en el aire. Penetra una flor de madre selva, le extrae la miel, revolotea. . . La flor no dice nada, sólo tiembla. ¿Está agradecida porque el chupamirto la ha elegido a ella? Sabe que irá con otra flores también pero. . . ¡Oh! si pudiera elegir aquel otro de las alas rojas. . . Tendrá que esperar, sí, esperar. Mientras tanto, expelerá su mejor perfume para que él lo perciba.

¿Por qué no llegas? Es tarde ya. El sol tenía una cita y el ocaso aparece. ¿Y yo? Aquí en mi sitio, esperando que vengas. Está ya todo listo: la mesa, la cocina, la ropa en los cajones, el niño dormidito, todo en su lugar, todo, para cuando regreses. . . Te sentarás ahí, en el sillón más ancho para que quepas con tu orgullo, y me darás un beso, después, por supuesto, de olfatear el aroma del sabroso guisado que viste en la cazuela.

Hay flores en la estancia, los pisos están limpios. Hice el dulce de leche, receta de tu madre que he seguido siempre con tanto cuidado para no equivocarme. Sí, todo está ya en su sitio, por eso ahora plancho, remiendo, espero para que cuando llegues, tú lo encuentres perfecto.

A veces ¡te odio tanto! Te pavoneas alegre y luces tus colores y te sientes hermoso cuando mi vientre crece y mis pechos se expanden, y me siento ¡tan torpe!, porque me estoy partiendo para que vivas, hombre.

Sí, ya sé compañero, que tú también repites este juego millones y millones de veces; sí, también tú estas encadenado. Y me siento tonta, ridícula y atada, reprimida, pequeña, hechicera y malvada, mientras tejo, coso, bordo y amamanto, y miro por mi linda ventana. Otras veces, raras veces —confieso— no me fijo si vienes, no te estoy esperando. Veo hacia el horizonte o miro a la montaña y me pregunto ¿cómo quedé atada?, ¿cómo habrá sido eso? Cuando nos separaron, ¿acaso tú y yo sabíamos lo que nos esperaba?

¡Al fin! La puerta se abre. Es él que llega. Por un momento olvido qué es lo que sigue al rito. ¡Ya! Ahora lo recuerdo. Tantas veces lo he hecho ¿cómo pude olvidarlo! Dejo todo y corro a tu encuentro. Te miro embelesada, te miro agradecida. ¡Es a mí a quien veniste! ¿Debo darte las gracias?

Me tomas de la mano. Yo sonrío y pienso en el pasto crecido del jardín de la casa. Estás aquí, junto a mí. Me parece que yo debía de ser feliz, muy feliz, tanto como lo he sido cada vez que se repite este instante hace miles y miles de años, pero sin embargo. . . me duele algo, lo sé, no podría decir exactamente en dónde o qué, pero sé que me duele. ¡Bah! Creo que me duele desde miles y miles de años.